



HEMEROTECA MUNICIPAL

MADRID

SEMANARIO POLÍTICO
SE PUBLICA LOS SÁBADOS
 Redacción y Administración:
ALBERTO AGUILERA, 52.
 NÚMERO VUELTO: 20 CTS.

El Motín

FUNDADO EN EL AÑO 1881

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
 Madrid: Trimes. 3 pts; Sem. 6; Año, 10
 Provincias: Trimes. 3; Sem. 6; Año, 12
 Ultramar y Extranjero: Año, 20
PAGO ADELANTADO
 Correspondencia: 25 números 5 pts

Año XLV.

Madrid, Sábado 17 de Octubre de 1925.

Número 42.

DE JUEVES A JUEVES

Estos ocho días han sido de regocijo y fiesta por todas partes. Actos en honor de los soldados que sobrevivieron al sitio de Kudia Tahr; fiesta de la Raza; festejos de Otoño.

Llegó a Madrid el general Primo de Rivera. Para no exhibirse y sustraerse al homenaje de los que pudieran querer hacerle, dejó el tren en Aranjuez y llegó en automóvil a Madrid.

El general Primo de Rivera ha asistido a dos banquetes, en que ha pronunciado discursos; a la función de gala de la Princesa, donde ostentaba la laureada de San Fernando, y a otros actos de los celebrados estos días; ha hablado ante el micrófono y ha recibido a 200 alcaldes de la provincia de Madrid que iban a entregarle las actas en que consta que le han hecho hijo adoptivo todos sus Ayuntamientos.

Hubo una época en que reicaron en el Hospital General de Madrid unas intensas fiebres tifoideas que hicieron bastantes víctimas, falleciendo una hermana de la Caridad.

Dacéase la misa de cuerpo presente, por su alma, y el cadáver, descompuesto ya, exhalaba un hedor insuperable.

—Hoy mandamos una hermanita al cielo, dijo solemnemente la madre superiora.

Y un chusco que asistía al entierro contestó:

—Pues si en el cielo no han perdido el olfato, mal ratillo van a pasar.

LA CUESTION RELIGIOSA

El artículo 236 del Código penal

Escepticismo religioso.—Sacramentos sacrilegos.—Conducta del apóstol cristiano

Todos nos hemos dormido, católicos y acatólicos, en lo que a la inviolabilidad de nuestros derechos de conciencia se refiere. Los católicos, dejándonos atropellar por unos seres infatuados que se han dicho investidos de una exagerada autoridad divina de que carecen; los acatólicos, permitien-

do que una secta repugnante, la beatería, dominara la totalidad de la vida española a fuerza de burlarse del Código penal. Prueba evidente de que, a despecho de la religión del Estado, la nación española no tiene más que una religión indubitada: el escepticismo religioso. Y porque entendemos realizar un gran bien, nuestra misión presente es precisamente el fomento del civismo religioso.

No me parece mal, antes muy lógico, que todo hombre apoye con preferencia a otro con quien le unen mayores vínculos de simpatía, y así, que un católico compre espontáneamente con preferencia en tienda de comercio católico. Lo que es penable, en virtud del artículo 236 de nuestro Código penal, es hacer el vacío a un comerciante o hacer propaganda desfavorable contra su tienda porque profese públicamente una religión que no es la del delincuente. Este proceder es muy común en nuestros beatos. Atacar la vida mercantil de un ciudadano por sus ideas religiosas, es evidentemente uno de los apremios ilegítimos a que se refiere el artículo 236 del Código penal. Y los que tales apremios ilegítimos utilizan intentan forzar al comerciante a hacer profesión de la religión de los que apremian. Y como la profesión de fe es en todas las religiones un acto principalísimo religioso, de ahí que los tales apremiadores incurran en la responsabilidad del artículo 236 del Código penal.

Lo mismo debe decirse de la táctica habitual de nuestra beatería de cercar por hambre a los hombres que tengan la hidalguía de hacerles frente y de enseñar valientemente al pueblo oprimido el camino de su redención.

Vayamos teniendo presentes todas estas cosas para las consecuencias prácticas que habremos de sacar de estos estudios periodísticos del Código penal.

Negar los auxilios de la caridad a quienes no han hecho la primera comunión, o a quien está casado civilmente, o a quien no está bautizado o a quien haya ordenado su entierro civil, es cosa tan frecuente y tan de todos los días, que no es menester probar que se hace.

Recibir la comunión y bautizarse es acto de culto; el matrimonio canónico es sacramento, y por tanto, su recepción es también acto de culto; acto de culto es también, contenido en el ritual romano, el enterramiento eclesiástico. Esto, por una parte. Por otra

parte, poner a un ciudadano en trance de padecer los rigores del dolor, de ser abandonado a su desgraciada suerte, o de resolverse a practicar esos actos de culto, es ejercer sobre ellos un apremio ilegítimo que no tiene justificante alguno en los mandatos de la religión. Acto de culto que no se ejerce en virtud de la íntima convicción y por la moción interna del espíritu de Dios, sino por conveniencias de orden material, sin fe y elevación al Supremo Hacedor, es, las más de las veces, acto sacrilego, porque es acto ejercido sin las debidas condiciones. Esas comuniones, esos matrimonios canónicos..., celebrados por gentes educadas en la heterodoxia o en el abandono religioso y de positivas y ya viejas ideas religiosas..., que se resuelven a comulgar o a casarse por la iglesia, porque de otra suerte se verán privados de los recursos indispensables que no les puede facilitar su pobreza, son casi siempre sacramentos sacrilegos y, desde luego, sacramentos completamente estériles, pues nada han de influir posteriormente en la vida cristiana de los que los han recibido, los cuales vivirán después, no a impulso de la violencia sufrida, sino a impulso de sus ideas y convicciones.

La religión católica prohíbe la cooperación en el sacrilegio.

La verdadera conducta del apóstol cristiano es ganar los corazones por la sobreabundancia de la caridad y el amor. Seamos intachables en nuestra conducta y hagamos a los demás el bien a la medida de sus necesidades, sin consideración ninguna a sus ideas. El pueblo, que tiene buen sentido, al sentirse querido y edificado día tras día y con verdadera perseverancia, pronto discurrirá de esta manera: «Donde está la virtud, el buen ejemplo y el amor, allí está la verdad». Y aquella fe religiosa, que no pudisteis infundir ni infundiréis jamás por la violencia, surgirá vigorosa por vuestro apostolado, que bendecirá Dios.

J. TORRUBIANO RIPOLL

(De El Liberal de Madrid.)

Curado de espanto

En otro tiempo, cuando yo creía en una porción de necedades y rendía culto a sinnúmero de zarandajas, ¡cuál me hubiera indignado esta noticia!

«El miércoles halló la policía dos

hombres en la playa del Post'guet (Ali-cante), atribuyén Jose su muerte á la más completa miseria.

Es horrible este dato; uno de ellos había estado varias veces en la Diputación pidiendo albergue en los establecimientos de beneficencia, sin haber podido conseguirlo.»

¡Cuál me hubiera indignado, repito, y cuántas enérgicas protestas habría formulado! Afortunadamente para mi reposo, soy ya hombre práctico, sé ponerme en razón, y se me dá una higa de que revienten las nueve décimas partes del género humano, con tal de que la restante viva bien y se divierta, formando yo, por supuesto, en sus filas.

Trabajo me ha costado llegar á tan higiénica indiferencia que facilita la digestión y el sueño, á tan encantador egoísmo que mantiene inalterable el ánimo y sereno el espíritu, pero cada día estoy más contento de haberlo alcanzado; que no era vida la que antes llevaba; era un tormento constante, una irritabilidad perenne...

Hablaba, y mi acento asemejábase al de Jeremías; pensaba, y mis pensamientos eran lúgubres; escribía, y en cada párrafo palpitaba una imprecación ó un anatema; y todo por preocuparme de lo que maldito si debía importarme.

Vela un niño pidiendo limosna en el quicio de una puerta á las dos ó las tres de la madrugada, y me retiraba declamando neciamente contra el orden social, y tardaba dos ó tres horas en dormirme.

Me enteraba de que una mujer había echado á la Inclusa su hijo por no poder alimentarle, y me duraba el disgusto un par de días, dándome á inventar planes de reforma que evitaran en lo sucesivo casos tan horribles.

Leía que los trabajadores de tal ó cual región carecían de pan, y echaba pestes contra la desigualdad de fortunas, y vuelta á mi eterna manía de trastocarlo todo para arreglarlo todo.

Y donde quiera que aparecía un mal, triunfaba una injusticia ó se cometía una infamia, allí estaba yo indignado, vomitando bilis y dispuesto á romper lanzas con todo bicho viviente.

En fin, que me pasaba la vida, ora hipochondriaco, ora sentimental, ora iracundo, y expuesto constantemente á un percance desagradable.

Si leo entonces la noticia de la muerte de esos dos hambrientos, ¡Cristo mío y qué de cosas hubiera dicho de la Beneficencia, de la Diputación, de la caridad oficial, de la privada, del clero y hasta de Dios! No quiero ni pensar en las atrocidades que se me habrían ocurrido.

Mientras hoy, curado de espanto, hecho ya un hombre, la he leído sin que un músculo de mi rostro se contrajera ni una palpitación más indicase que mi sangre se agolpaba con doble

fuerza á esa viscera donde antiguamente se hacía radicar el sentimiento, contentándome con exclamar después de leerla: —¡Venga el almuerzo!—, y pensando para mi capote en que voy estando en condiciones de aspirar á todo, por parecerme ya á cuantos no se indignan ni protestan contra la sociedad que ve sin conmoverse morir á dos hombres de hambre.

1882

JOSE NAKENS

Una deshonrada honrada

Acaba de ser condenado en Málaga un hombre á la última pena por haber asesinado á su mujer.

No juzgo el fallo: carezco de antecedentes para formar juicio. Mas para lo que quiero decir, tengo un dato.

El marido mató á su mujer después de haberla maltratado cruelmente durante algún tiempo, porque al volver á Málaga, de donde había estado ausente cuatro años, se la encontró embarazada.

Dicho de este modo, parece que la idea del honor lo impulsó al crimen, y algunos lo encontrarán disculpable.

Pero es el caso que ese marido abandonó á su mujer con dos niñas, sin dejarles recursos para vivir; que ella fué varias veces á buscarlo á Valencia, donde estaba, para que volviese á hacer la vida de familia, y no lo consiguió; que para evitar que sus hijas peciesen de hambre contrajeron relaciones con un hombre; que le confesó todo al esposo al ser interrogada, y que cuantas personas la conocían han declarado que era buena.

Y siendo así, ¿cómo hablar de la deshonra de esa mujer? Ninguna de las que la censuren es más honrada que ella en el sentido verdadero de esa palabra. Por tal la tendrán también cuantos juzgan las acciones humanas por los móviles que las determinan, no por los resultados que las clasifican.

De no haber hecho lo que hizo, sus hijas habrían muerto, y ella cometido moralmente dos asesinatos de que su conciencia, ya que no la ley, le hubiera pedido cuenta estrecha. Obrando como obró, salvólas de la muerte.

Y aun cuando el que con su abandono la puso en aquel trance la condenase, y con él cuantos viven dentro de la cómoda rutina de la legalidad, ó del estúpido respeto á los convencionalismos sociales, ella resultará más honrada que todos sus detractores.

Pudo á solas, cuando nadie se engaña, enorgullecerse de lo que hacía; y, aun en el caso de sentir remordimientos, los vería mitigados al posarse sobre su mejilla los labios de aquellos dos pedazos de sus entrañas, capaces de borrar, no uno, mil besos recibidos ilegalmente para cumplir con el deber más alto de la mujer, el único que la

hace santa, y por el que tantas veces es mártir: el de la maternidad.

Y á esa mujer cuya memoria ha sido profanada por labios incapaces de comprender la sublime de su falta, yo le digo:

«Los honrados por patrón te condenarán: yo te admiro.»

JOSE NAKENS

1904

Delincuente honrado

Llevaba el albañil Vicente Jiménez mucho tiempo sin trabajar, y su mujer y sus hijos no comían; acercóse sigilosamente á un cesto de pan colocado en la puerta de una casa de la calle de Eguilaz, y cogió uno.

Al sentir el terrible sacudimiento que acción tan vituperable imprimió á los ejes de la maquinaria social, y al escuchar el estentóreo grito que lanzó la ley herida, acudió un guardia y le echó mano. El criminal sollozaba, el público suplicaba, el mismo panadero perdonaba; pero el guardia, duro, enérgico, inflexible, lo condujo al Juzgado.

Y por la tarde, los que al Juzgado fueron contemplaron este cuadro: una mujer, la del ladrón, llorando con dos hijas de unos quince años y en cuyos rostros marcaba el hambre sus huellas.

El juez, señor Vior, puso al albañil en libertad á las seis de la tarde, medida que condeno, pues no quedará ni vislumbre de salvación para este país el día que los jueces den en creer que la justicia debe estar siempre sobre la ley.

Esto no obstante, y por contradicción inexplicable, aplaudo á ese juez.

JOSE NAKENS

1903

Los primeros fríos

Hace muchos años, antes de venir yo á Madrid pasé un día de Noviembre allá en Extre'madura por un olivar donde diez ó doce mujeres trabajaban.

Descalzas todas, con los pies deformados y grietas en los calcañales, las caras sucias, los dientes pardos, las manos negras, cubiertas con zagalejos remendados de telas diferentes, una especie de corpiño mal ajustado y un guñapo con pretensiones de pañuelo á la desgrefiada cabeza, aquellas mujeres recogían tiritando aceitunas del suelo, las echaban en un trapo sujeto á la cintura, y las volcaban luego en un cesto.

Preguntéles cuánto ganaban, y me contestaron que doce cuartos (unos treinta y tantos céntimos); cuántas horas trabajaban, y me respondieron que todo el día, saliendo de noche de sus casas para llegar á tiempo al corte

que á veces distaba una legua del pueblo, al que volvían de noche también; qué comían, y me dijeron que unas sopas con poco aceite.

Y tal impresión me hicieron el encuentro y el relato, que todos los años, la comenzar los primeros fríos, pienso en aquellas desdichadas hambrientas, desnudas y tan cruelmente explotadas que encontré en mi camino á los dos mil años de haber sido redimidas por el cristianismo.

JOSE NAKENS

1911

Cine clerical

CAMANDULERÍAS

—¡Ave María! ¡Qué atrocidad! Pues no lleva usted pocas cosas encima: Un rosario á la muñeca, dos devocionarios como misales, un cirio en la mano... Nada, que parece usted una sacristía ambulante.

—Hija, es que una no puede llevar escondidos los sentimientos religiosos que tiene.

—Ya, ya. Siempre ha sido usted muy religiosa. De casta le viene al galgo...

—No, pues no hable usted con ese retintín, que toda mi familia ha sido católica á machamartillo, y mis padres me enseñaron siempre á respetar lo primero la religión. Y, además, yo me eduqué con las Clarisas, ese famoso colegio de tan austeros principios de moral. Pero, ¿de qué se ríe usted?

—¿Yo? De nada. ¡Ay, hija, que quiquillosa está la mañana! Mire usted, yo en eso de su religión si es verdad ó mentira no me meto, ni si esas cosas de usted son virtudes ó camandulerías; pero lo que si le advierto es que no se haga usted tanto la dulzarrona y la amargada con el sacristán de las monjas, con el Braulio, porque hace sólo cinco meses que está casado, y su mujer es de las de pelo en pecho y está muy enamorada de su hombre, y esa no repara ante un escándalo. Fúrese usted, la llaman las monjas la ciclón.

—Doña Bárbara, por la Virgen del Carmen le juro á usted que yo... Vamos, que no soy capaz de eso, y mucho menos de infernar á un matrimonio, porque si yo quiero tengo muchos hombres solteros, y muy solteros, que están deseando que yo les mire. Pero la coquetería es un pecado, y á mí la religión no me permite esas cosas.

—Bueno, bueno; ya está usted advertida, porque ella, la ciclón, lo ha notado, y por eso hay tantas velas y tantos encarguitos. Lo que es el cerero ha salido ganando con esto.

—Señora, yo no pongo á la religión para tapadera de mis cosas.

—Pues sí que las pone, es; porque ayer mismo al pagarle la silla le dió un papelito muy bien plegado.

—¿Yo?

—Sí, usted. Porque usted no va todas las tardes al rosario por devoción, sino por ver al Braulio, y cuchichear con él. Eso no es religión, esas son camandulerías de mala beata.

—¿Me insulta usted? Si no tuviera que ir á comulgar ya le respondería á usted como se merece, so indecente.

—Vaya, vaya á comulgar, no sea que le suelte á usted las cuatro letras, ¡camandulera!

FRAY GERUNDIO

El oso blanco

I

En el rincón más bello de nuestra España había entre unos olmos una cabaña; la prestaba el arroyo dulce murmullo, la paloma del bosque su suave arrullo, los olmos y los pinos su sombra hermosa, sus flores y sus frutos la zarzillosa, el manto de la noche su poesía, los grillos y cigarras su sinfonía, los tañidos lejanos dulce misterio al tocar las campanas de un monasterio, y el descanso del campo su santa calma, que al dar reposo al cuerpo da paz al alma...

II

Era aquella cabaña nido de amores envuelto entre las hojas y entre las flores. Batilo era el amante, Filis la amada, pastores sin rediles y sin manada. Se pasaban los días mirando al cielo, cogiendo florecillas del verde suelo; y en cuanto el sol huía por el ocaso, se cantaban las églogas de Garcilaso; corrían como niños por la pradera, y adornaban con flores su cabellera, exhalaban suspiros al viento blando, se daban un besito de vez en cuando; se lababan las manos en el arroyo, y buscando en las rocas sólido apoyo, empuñaba Batilo la dulce flauta, mientras Filis cantaba flébil y cauta.

III

Pasó el tiempo cual pasan todas las cosas, que las horas más breves son las dichosas, y vieron los amantes que aquellos días rondaba un oso blanco las cercanías; pero al punto Batilo cortó un garrote, que le sirviese á guisa de chafarrote, y esperaron serenos la acometida pensando en la refriega perder la vida...

Mas el oso era un oso que el oso hacía, y huyó con gran prudencia desde aquel día.

IV

Cuando más confiado Batilo estaba, y el amor que sentía más le inflamaba, sorprendió ¡ay! á su Filis en un barranco sentada en las rodillas del oso blanco.

¡Y fué lo más hediondo de este adulterio que el oso era un frailecillo del monasterio!

JOSE BRISSA

Pingajos humanos

Hace poco compareció ante los tribunales de justicia de Bélgica una campesina que se había dejado seducir. Abandonada por el culpable, dió á luz en «La Maternidad»; y como su hijo era, no sólo pregón de su deshonor, sino obstáculo insuperable para encontrar donde ganarse la vida, lo abandonó en un prado cerca de unos segadores que le recogieron.

En la vista de su proceso narró su triste historia, y cuando á punto de terminarse la vista le preguntaron si tenía algo que decir, el instinto maternal despertó en ella y con voz temblorosa dijo:

—Sólo quiero que se me permita abrazar á mi hijo.

Y uno de los magistrados le contestó con voz severa.

—Su hijo de usted ha muerto.

La desventurada cayó en el banquillo anegada en lágrimas; un escalofrío de piedad sobrecogió á la concurrencia, y los sollozos de la campesina humedecieron muchos ojos.

Sólo los individuos del tribunal permanecieron impasibles, sin que tanto dolor alterase su calma augusta.

Deliberaron, y á los pocos momentos el presidente, con voz entera é inflexible, hizo saber que la Sala condenaba á la culpable á un año de prisión.

Los gendarmes retiraron á aquel pingajo humano, sacudido por el dolor, por los sollozos, por las lágrimas, y los magistrados quedaron impasibles, esperando nuevos delinquentes en aquel estrado presidido por la imagen del Crucificado que perdonó á sus verdugos.

Repito aquí lo que alguna vez he afirmado: los jueces que se olvidan de que son hombres, sólo cumplen á medias su deber.

JOSE NAKENS

1908

Sección amena

Un *páter* dirige la palabra á los fieles y les dice que con cinco panes y cinco peces Jesús dió de comer á quinientos individuos.

Concluyó el sermón, un colega se acerca á él y le dice al oído:

—No eran quinientos, sino cinco mil los hambrientos que alimentó Jesús en aquella jornada.

—¿Qué más da?, respondió; bastante tienen éstos con creer lo de quinientos. Y quizás les parezcan muchos todavía.

Una ronda que recorría las calles de la ciudad, detuvo á un borracho,

que al ser conducido á la cárcel iba gritando:

—¡Suéltense ustedes, que soy sobriño del Santísimo Sacramento!

—¡Cómcl! ¿Qué dice ese miserable?

—La verdad: mi padre es Hermano, conque deduzcan ustedes el parentesco.

Fué un malagueño á Cataluña, y cerca ya de Monserrat, preguntó á un amigo que le servía de guía:

—¿De quién es esa finca?

—De la Virgen de Monserrat, contestó el *cicerone*.

—¿Y esa otra?

—De la Virgen de Monserrat, volvió á decir.

—¿Y ese hermoso caserío?

—También de la Virgen de Monserrat.

—¿Y aquella iglesia que está allá arriba?

—Ese el monasterio de nuestra señora de Monserrat.

Llamóle la atención al malagueño que todo fuese de la Virgen, y como hallase en otro santuario una imagen muy triste del Cristo de la Humildad y la Paciencia, la animó de este modo:

—¿Por qué estás tan afligido? No seas tonto, chiquillo; échate toas las penas por la palomilla. ¡Si cuando muera tu mare vas á sé poderoso!

La Biblia dice que Caín mató á Abel con la quijada de un burro, sin duda por no tener á mano una navaja de Albacete.

Un fraile relata en una escuela católica la tradición á los discípulos, y pregunta después á uno de ellos:

—Tú, Carlitos, ¿podías decirme quién fué el primero que murió en la Tierra?

—Sí, señor; un asno.

—No estás tú mal asno.

—Pues, sí señor; para que Caín matase á Abel con la quijada de un burro, fué preciso que éste hubiera muerto primero.

El fraile no supo qué responder.

Un baturro entra en una iglesia.

El pobrecito es muy torpe y no entiende bien las cosas.

—Diga usted, pregunta al sacristán: ¿cuánto vale un bautizo de tercera clase?

—Si órgano, ni pila colgada, lo menos diez y seis reales.

—Y poniendo yo el agua, ¿no se me rebajaría nada?, preguntó con la mayor inocencia.

Afirmaba un maestro de escuela delante de sus discípulos, que habló la burra de Balaam. Uno de los pequeños, al oír esto, soltó la carcajada, y enfurecido el maestro le propinó dos puñetazos, lo que hizo decir al discípulo, llevándose la mano á la parte dolorida:

—Que la burra de Balaam hablaba, puede constar en la Biblia; lo que se-

guramente no consta, es que tirara coques.

NECROLOGIA

DON FRANCISCO FOLLETE

A los ochenta y tres años ha muerto en Montoro este antiguo suscriptor de *EL MOTÍN* que dedicó su vida á la familia, al trabajo y á propagar y defender las doctrinas del librepensamiento.

El cariño que todos le profesaban se demostró en el numeroso concurso que le acompañó hasta el Cementerio Civil.

Sobre su pecho fué depositado el último número de *EL MOTÍN* y el de *La Libertad* con los versos de Luis de Tapia, los que buscaba en cualquier periódico donde se publicaran, y de bajo de la almohada algunos números de *Las Dominicales* que conservaba.

Reciba su familia el pésame que dedico á todos los que, como él, luchan en los pueblos contra el clericalismo y el caciquismo.

DON FRANCISCO MARTELL

También ha muerto, á los cuarenta y siete años, en Vall de Uxó, este otro suscriptor, modelo de honradez y bondad, acompañándole al Cementerio Civil una de las manifestaciones más grandes que se han conocido en esta población.

En el acompañamiento figuraban el Centro Republicano y gran parte del elemento obrero.

Repito el comentario puesto al fallecido en Montoro, y me complace el ver que aún en las poblaciones pequeñas se rinde ya culto á la memoria de los que trabajaron sin desfallecimientos por los ideales redentores.

Bibliografía

Las maravillas celestes, por Camilo Flammarion.

Las maravillas celestes son doblemente maravillosas descritas por Flammarion que descritas por cualquier otro astrónomo, porque, si referidas por uno de éstos nos abruman y fascinan con su inconmensurable grandeza, referidas por el sabio francés nos seducen y nos predisponen á contemplarlas y á gozar con la consideración de sus inefables bellezas.

Gran número de ediciones de esta obra, en todos los idiomas, han ido á difundir la buena semilla por todas partes, y á levantar una punta del velo que oculta aún hoy en día á casi todas las miradas el sublime y divino espectáculo de la Naturaleza. Con la lectura de esta exposición elemental se puede, en efecto, comenzar la comprensión general del Universo, en medio del cual la Tierra no es más que un átomo.

Propagar la afición por los sanos es-

tudios, dice Flammarion en su premio, es nuestro más ferviente deseo, encender en el alma de todos los lectores el fuego de la admiración por los descubrimientos positivos, que son la gloria de nuestra época y la base de su progreso.

Esta obra sublime, que ha despertado en tantas inteligencias el deseo de saber, de investigar, de elevarse en alas de la ciencia, ha sido reeditada por la Casa Maucci, de Barcelona, en condiciones económicas, que la ponen al alcance de todos, muy bien presentada y esmeradamente traducida de la última edición francesa.

Dos tomos, seis pesetas.

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR A EL MOTÍN

Eulogio Ruiz, Sestao, 2 pesetas; Domingo del Palacio, Burgos, 12; Fidel Sánchez, Piedrabuena, 12.

Santiago Lascasas, 5 pesetas; Antonio Canin, 6; Pedro Campillo, 6; José Serós, 3; Tomás Tisser, 6; José María Castán, 6; Ua Socie, 3; Teodoro Marqueta, 3; Vicente Escudér, 3; Domingo Arribas, 6; Rufino Moreno, 3; Manuel Guillén, 3; Miguel Ayora, 3; Saturnino Justero, 6; Pablo Arantegui, 3; Benigno Puertas, 3; José Rstibe, 3. (Todos de Zaragoza.) Total 71 pesetas.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Villanueva de la Concepción. — Juan Benitez, abonada su suscripción á fin Junio 1926.

Melilla. — José Caparrós, id á fin Noviembre 1925.

Idem. — Eduardo Castillo, id. á fin Diciembre 1925.

Coruña. — Ricardo Yancke, id. á fin Marzo 1926.

Peñaranda. — Gonzalo Hernández, id. á fin Diciembre 1925.

Alagón. — Elías Ace, id. á fin Diciembre 1925.

Lugo. — Pablo Marrondo, id. á fin Diciembre 1925.

Bañolas. — Luis de Ameller, recibiendo su giro de 36 pesetas; conforme.

Placencia. — Enrique Pintado, id. de 46'80; conforme.

Munguía. — Emilio Rodríguez, id. de 2; conforme.

Sestao. — Eulogio Ruiz, id. de 14; conforme.

Tapia. — Daniel Vargas, id. de 3; va libro.

Palamós. — Salvador Plaia, id. de 10; conforme.

Tremp. — Luis Bernadas, id. de 12'50; conforme.

Burgos. — Domingo del Palacio, idem de 60; conforme.

Vinosell. — José Llubra, id. de 7; van libros.

Imp. Juan Pérez. — Pasaje de Valdecilla, 2.